



CORTES GENERALES

DIARIO DE SESIONES DEL

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS

Año 1985

II Legislatura

Núm. 235

Sesión conjunta del Congreso de los Diputados y del Senado, celebrada el jueves, 3 de octubre de 1985, con asistencia del excelentísimo señor Presidente de la República Oriental del Uruguay, don Julio María Sanguinetti.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. DON GREGORIO PECES-BARBA MARTINEZ

SUMARIO

Se abre la sesión a las once y diez minutos de la mañana.

Discurso del señor Presidente del Congreso de los Diputados (Peces-Barba Martínez)

Página

Discurso del excelentísimo señor Presidente de la República Oriental del Uruguay (don Julio María Sanguinetti)

Página

Se levanta la sesión a las once y cincuenta minutos de la mañana.

Se abre la sesión a las once y diez minutos de la mañana.

El señor PRESIDENTE DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS (Peces-Barba Martínez): Señor Presidente, desde la llegada a España de vuestra excelencia como Presidente constitucional de la República Oriental del Uruguay, los representantes del pueblo español, reunidos en las Cámaras que componen las Cortes Generales, hemos experimentado la honda emoción del reencuentro de la democracia española, restablecida tras la transición política en 1977, y la democracia uruguaya, restaurada con ocasión del proceso que condujo hace menos de un año, al término de la dictadura militar, a las elecciones presidenciales y legislativas de vuestro país.

Es la primera vez que un Presidente uruguayo visita oficialmente España y nos parece que este marco, donde tiene su sede la representación de la soberanía, es el lugar adecuado para escucharos.

El reencuentro entre nuestras dos democracias es también la ocasión del abrazo fraternal entre nuestros dos pueblos. Estos nunca han estado alejados el uno del otro, por mucho que las distintas situaciones políticas pudieran debilitar las relaciones entre los dos Estados. Es más, el pueblo español no sólo ha seguido con interés y hasta con preocupación los acontecimientos políticos en Uruguay, sino que ha reaccionado con alegría ante la recuperación de las libertades y los derechos democráticos en la nación hermana. En este sentimiento de gozo se descubre una vez más la permanencia de los vínculos entre Uruguay y España, que no han podido desaparecer y que se demuestran en toda clase de situaciones.

Para los representantes de la nación española, el restablecimiento de la democracia uruguaya significa, además, un ejemplo para los demás países de América que todavía sufren la pervivencia de regímenes contrarios al respeto de los derechos del hombre. En el caso de la República Oriental del Uruguay, saludamos también, con la recuperación de sus libertades, la restauración de una de las tradiciones políticas, cívicas y democráticas más relevantes del mundo de habla hispana.

España menos que nadie puede olvidar el ejemplo constituido por la trayectoria histórica de la República Oriental del Uruguay durante el siglo XX. Su pueblo que, en palabras de un ilustre profesor de su Universidad, Héctor Gros Espiell, fue «una de las últimas creaciones sociales de la colonización española en América», ha sido desde el siglo XVIII receptor de diversas influencias que, sin embargo, no le han hecho perder su autenticidad. La transición política que arranca de la Emancipación, entre 1811 y la generación romántica de 1830, permitió la creación de esa última época de instituciones científicas y culturales que hicieron posible más tarde la adquisición y consolidación de una cultura política que ha llegado a nuestros días y que ha permitido ahora, en buena medida, el tránsito hacia la democracia culminado con vuestra elección presidencial.

Es preciso destacar, señor Presidente, el hecho de que el Uruguay, desde finales del siglo XIX, ha representado durante mucho tiempo, como antes he dicho, uno de los ejemplos más fecundos de la expansión, en los países de nuestra lengua, de las ideas de libertad, justicia y tolerancia que fundamentan el pluralismo político y, por ende, el eficaz funcionamiento de los regímenes democráticos.

La generación uruguaya del Novecientos, de la que fue protagonista brillante, entre otros, en el campo de la literatura y el pensamiento, José Enrique Rodó, permitió la cristalización en la vida intelectual de la América hispana de estos ideales, que luego se plasmaron en las distintas reformas políticas y sociales que experimentó el Uruguay en los primeros años de nuestro siglo.

De esa época surge en el Uruguay el sistema colegiado implantado durante la presidencia de don José Batlle y Ordóñez, que estuvo inspirado en los deseos de evitar toda clase de dictaduras personales y de conseguir una mayor estabilidad en las instituciones políticas, integrando a los distintos contendientes en la vida pública.

Fue un intento interesante y original que los constitucionalistas de su tiempo tuvieron que clasificar como fórmula nueva, dada la peculiar distribución del Poder Ejecutivo y su relación con el Parlamento, que se apartaba de los caminos clásicos de los sistemas parlamentarios, presidencialistas o directoriales. Aunque las ideas de Batlle no llegaron a cuajar plenamente, la realidad es que demostraban la voluntad colectiva de vivir en un sistema pluralista y garantizar los derechos y la participación de todos, procurando, al mismo tiempo, eliminar los riesgos de una excesiva inestabilidad política.

Señor Presidente, el pueblo uruguayo, a lo largo de su historia, ha respondido siempre, pues, a la llamada del fundador de la nacionalidad, José Artigas, quien ya en 1813 decía a los representantes populares, al terminar la campaña que condujo a la Emancipación de la banda oriental, «de nada habría servido nuestro trabajo si, con ser marcado con la energía y la constancia no tuviese por guía los principios inviolables del sistema que hizo su objeto. Mi autoridad emana de vosotros y ella cesa por vuestra presencia soberana. Vosotros estáis en el pleno goce de vuestros derechos: ved ahí el fruto de mis ansias y desvelos y ved ahí también todo el premio de mi afán».

Por ello, todos los avatares sufridos por vuestro país, comparables en tantos aspectos a los experimentados por España, no deben hacernos abdicar de la creencia en la virtud y en la constancia de los principios democráticos, sin los cuales no puede construirse ningún régimen que garantice el respeto a la dignidad de los hombres. Estoy seguro, señor Presidente, que el pueblo uruguayo, en esta hora feliz del reencuentro con su tradición genuinamente democrática, está dispuesto, una vez más, a luchar en pro de los principios a los que se refería Artigas, al que la Historia ha llamado, precisamente, «el protector de los pueblos libres». Para este combate, señor Presidente, la República Oriental del Uruguay contará en todo momento con la solidaridad y el apoyo fraternal del pueblo español, que, por haber recuperado también su libertad, puede valorarlo, quizá mejor que nunca, en toda su dimensión.

Señor Presidente, durante los años en que muchos uruguayos se vieron forzados a abandonar su país, camino del destierro, nos honramos en acoger a cuantos vinieron a España. Algunos eran ilustres representantes de la vida cultural e intelectual uruguaya, que han enaltecido, y siguen haciéndolo, las letras y el pensamiento hispánicos de esta hora. Mi patria devolvió así, en una pequeña medida, la deuda cuantiosa de solidaridad contraída con los países de América tras la dolorosa guerra civil que nos ensangrentó hace casi cincuenta años. En esa ocasión, el exilio español pudo acogerse a la constante hospitalidad de las naciones hermanas. Esta deuda de gratitud, cuyo recuerdo permanece entre nosotros, sabemos, señor Presidente, que no puede ser pura y simplemente saldada por nuestra parte con gestos semejantes a los suyos en circunstancias también dolorosas. Hubiéramos querido que esos gestos no hubieran tenido que repetirse, y, por ello, nos felicitamos ante el hecho de que la libertad, la tolerancia y el respeto a la dignidad del hombre

estén de nuevo vigentes en gran parte de la América de nuestra lengua.

Esa lengua es un vehículo indispensable de comunicación. La idea de una comunidad hispana de naciones debe unirnos a todos en una estrecha cooperación en un régimen de igualdad, ante un mundo en el que tenemos mucho que aportar. La celebración del descubrimiento de América —de nuestro mutuo descubrimiento— puede ser también una buena ocasión.

Queremos resaltar, en ese sentido, aquí, la inauguración por vuestra excelencia en la Plaza de España de Montevideo de la estatua de Isabel la Católica, que supone un importante acto de participación de su país en esas celebraciones del V Centenario.

En su discurso ante la XL Asamblea de las Naciones Unidas, sus preciosas palabras pidiendo mejor comercio, más tecnología y que se permita a Uruguay vender para poder pagar, nos han impresionado por la advertencia que supone a los países desarrollados sobre su responsabilidad en el futuro de la democracia en América.

Conocemos las dificultades de tipo económico por las que atraviesa hoy Uruguay y la influencia que la estabilidad económica tiene en la estabilidad política. Y sabemos de sus deseos de que España sea su intérprete ante Europa. Puede estar seguro, señor Presidente, que la rica lengua castellana, nuestra lengua común, transmitirá los problemas de América latina con el mismo énfasis que los nuestros.

Señor Presidente, quiero terminar estas palabras deseándoos de todo corazón una feliz y grata estancia en España y ofreciándoos los más cordiales sentimientos del pueblo español, cuyos representantes, reunidos en las dos Cámaras, el Congreso de los Diputados y el Senado, tributan hoy justo homenaje a los esfuerzos que realiza la nación uruguaya para consolidar su restaurada democracia.

Muchas gracias. *(Aplausos.)*

El señor PRESIDENTE DE URUGUAY (Julio María Sanguinetti): Señor Presidente, señores legisladores, han querido las circunstancias históricas, referenciadas en sus calurosas y amables palabras, que tanto agradezco, no en nombre mío sino de todo el pueblo uruguayo, recordar algo de la historia de nuestras relaciones, de la historia de nuestra propia vida que tiene tanto en común desde la raíz misma. Nosotros somos hijos de esta misma España, parte de ella misma durante tanto tiempo y parte hoy también todos de una nueva comunidad hispano-parlante, que no está unida sólo por el vínculo de la lengua, sino de una común aspiración de libertad y de justicia.

Ha querido usted recordar acaso esa dramática peripecia que llevó a tantos españoles un día a mi patria y que, a la inversa, trajo luego a tantos uruguayos aquí. Fue medio siglo en que estuvimos distantes, medio siglo en que no oímos la misma melodía ni conjugamos el mismo verbo, medio siglo en que España y el Uruguay parecían tan distantes y alejados que más que el océano nos separaba una estructura jurídica y política que nos mostraba

distintos y distantes, pero una cercanía, sin embargo, que por debajo de esos sistemas políticos distintos y de ese conflicto que nos enfrentaba y nos enfrentó mostraba esa común identidad. Los españoles que fueron al Uruguay fueron buenos españoles y por eso buenos uruguayos, y los uruguayos que aquí llegaron en esos años de infortunios por ser buenos uruguayos fueron y siguen siendo buenos españoles, y eso importa por encima de todo lo otro. Más allá de los conflictos, en la periferia del sistema político, hubo la unidad sustancial de nuestros pueblos.

Quiero decir, entonces, que cuando un Onetti ha vivido aquí estos años, tenemos en él nuestra contribución a las letras de España y tenemos en él el símbolo de la presencia cultural de nuestra Patria, y en él hacemos la expresión del reconocimiento de todo el pueblo uruguayo a este Parlamento por su acogida, por su hospitalidad y por esa hermandad, nunca desmentida, que sella para nosotros un compromiso permanente de reconocimiento y en tributo a esta democracia española que nos ha inspirado con su ejemplo.

Sí, señor Presidente, vuestra transición sabia ha sido fuente constante de inspiración para nosotros, no para remendar, no para copiar, no para hacer la fácil y simplificada traslación de fórmulas, pues cada pueblo siempre tiene intransferibles condiciones singulares, pero sí para recoger un espíritu. Con cuánta emoción, con cuánto recogimiento y, por qué no, con cuánta aprensión mirábamos desde allá lo que ocurría en el momento en que comenzara esta transición, aquí, en España, en la cual también a nosotros nos iba mucho de nuestro destino y la sabiduría con que ustedes, todos ustedes, los dirigentes de todas las corrientes del pensamiento y de la acción política, de un modo u otro, fueron llevando esto, fue una fuente constante de inspiración; tanto que, nosotros mismos, republicanos de formación, de convicción y de militancia desde nuestra misma juventud, terminamos siendo, no monárquicos, que no lo podemos ser, pero sí realistas en cuanto a reconocer la realidad y sí realistas también en cuanto a reconocer el papel ilustre de la Corona española en este tránsito en que, por disposición constitucional, ha de ser árbitro y moderador del funcionamiento de las instituciones y que, sin duda, lo fue. Y como tuve anoche también la grata ocasión de decirselo a Su Majestad, en mayo de 1983, en un momento decisivo de nuestra historia, en el que los caminos o toman un sendero u otro, llegó allí su Majestad el Rey, representando una presencia democrática que nuestro pueblo entendió como tal, y con sus vítores y la alegre expresión en las calles, dio el testimonio de su homenaje a España y sintió aquello como un hito en un transcurso que hoy podemos decir que es feliz porque acá estamos, y estamos por el voto popular, y estoy yo, Poder Ejecutivo, y están presentes aquí varios de mis distinguidos amigos legisladores de todas las tendencias políticas del Uruguay, que me acompañan y que vienen también a rendir homenaje a este Parlamento, a este Parlamento que un día integramos, como recién recordábamos, porque también acá hubo Diputados uruguayos allá por 1812 cuan-

do las Cortes eran Cortes y cuando el Parlamento nacía en aquella efímera Constitución de Cádiz, que nosotros también contribuimos a hacer y hasta juramos en Montevideo.

Bien, todos estamos hoy aquí, señor Presidente, y estamos para traerles ese testimonio, para decirles lo que ha sido la fuente de inspiración permanente que ustedes nos han significado, para expresarles ese reconocimiento y para decirles también que hay una América Latina, que hay una América hispánica luchando hoy por un destino al cual sentimos que estamos llamados y que con fuerza y con devoción estamos tratando de construir. Una América en la cual muchas de nuestras contradicciones asoman, en cada paso, pero en la cual también estamos construyendo nuevos senderos y nuevos caminos.

La política internacional nos muestra hoy, trazando no sólo en torno a un movimiento democrático que se fortalece, una nueva presencia; queremos y aspiramos a ser, por voluntad propia, una fuerza moderadora, y es por eso que precisamos también de España, que precisamos también de Europa y que sentimos que el ingreso de España en la Comunidad Europea, a la cual podemos también hacer algunas referencias luego en la visión económica, tiene un significado político que importa.

En un mundo polarizado, en un mundo en el cual la batalla de los poderes se hace en torno al desafío económico y al desafío científico y en que esa polarización a todos nos encierra, tenemos que afirmar los caminos de la apertura, y eso supone afirmar fuerzas equilibradoras, fuerzas compensatorias, fuerzas con una singularidad propia que puedan ofrecer alternativas distintas y darle pluralidad al propio mundo. Europa lo es, América Latina lo es; ¿por qué no hacerlo juntos?, ¿por qué no tratar de ser esa fuerza equilibradora y moderadora?

Nosotros lo estamos haciendo con muchas dificultades, pero abriendo nuevos caminos. Cuando en los últimos tiempos hemos abierto un Grupo como el de Contadora, y otros países en las últimas semanas hemos constituido un Grupo para apoyar este esfuerzo de esos países, estamos mostrando un camino, tratando de mostrar una América Latina que no renuncia a los desafíos que tiene en su propio seno y que no se resigna a que se los resuelvan de afuera o a que se los creen desde afuera, y que sale a la búsqueda y al encuentro de los problemas en una demostración de madurez.

Mucha gente, con el escepticismo con el que suelen mirarse estas cosas, acaso dice: no se ha podido resolver el tema de la paz en Centroamérica. No, quizá no, pero digamos, sí, que a estas alturas ya podemos decir cuánto hemos evitado. Porque conflictos como los que hoy hay en Centroamérica hace dos décadas no estaríamos hoy discutiéndolos como los discutimos, ya se habrían resuelto a fusil o a machete. Y hoy estamos andando; las soberanías están allí, y la paz la sentimos como un proyecto político. Porque la paz no es la simple abstención de la violencia, sino que la paz es un programa político en sí mismo, el único que hace posible la democracia. Porque la guerra en toda su conflictualidad siempre hace tambalear de algún modo la democracia, con ese maniqueísmo

propio de las guerras, en el que el matiz esencial a la democracia suele perderse y en el que el blanco y el negro no dan espacio a todas las gradaciones naturales del pensamiento y del sentimiento.

Y bien, allí estamos en ese esfuerzo; allí estamos luchando, a veces con incompreensión, a veces con comprensión, pero luchando sin desfallecer, sintiendo que la paz es un proyecto político que vale la pena y que además de la propuesta debe tener una línea estratégica y una voluntad de acción, y lo estamos haciendo. Y cuando hemos formado también el Grupo de Cartagena para plantear el tema de la deuda y tratar de luchar en conjunto en la búsqueda de mejores condiciones, lo hemos hecho en una nueva expresión de madurez de países latinoamericanos que sentimos que no podemos seguir viviendo el viejo aislamiento; ese aislamiento que tantas veces nos condenó; ese aislamiento que, a veces, es el resultado de viejas y atávicas herencias. Porque también, por qué no decir acá, cuántas viejas cosas nuestras no son retrancadas que nos separan. Piensen ustedes, no más, cuántos conflictos de frontera aún hay en la América Latina, cuando el desgajamiento del imperio español produjo esa veintena de repúblicas que nos esparcimos a lo largo del continente, y quedaron allí conflictos que aún tenemos y que nos ha faltado la grandeza para resolver. Por eso saludamos cuando Argentina y Chile hacen una paz y firman un tratado, como lo hicieron hace poco. Creo que lo más grande a que pudiéramos aspirar hoy es llegar a los quinientos años del descubrimiento de América diciendo: hemos resuelto todos nuestros conflictos de frontera. Porque esos no son sólo conflictos de nacionalidades, detrás de ellos se montan las maquinarias armamentistas y detrás de ellos, en definitiva, se siembra la semilla de una conflictividad que termina siendo, a veces, o fuente de guerra por la inercia de las armas, o fuente de inestabilidad política interna, por la desproporción que crea un armamentismo exagerado para los propios países. ¿Qué es sino, en definitiva, eso, el drama de esta Centroamérica, plagada por la injusticia, pero también por estos desequilibrios? Esto muestra, entonces, una América Latina que va luchando por abrir un camino. Y estos años, así como se nos convoca al esfuerzo internacional por la paz, se nos convoca también al esfuerzo por una emancipación económica que tenemos que conquistar con nuestro trabajo. Son difíciles las circunstancias. Quiero insistir ante este Parlamento en la significación que tiene para nuestros pueblos el proteccionismo de las potencias industrializadas.

Y aunque sea tema tantas veces dicho, permítame, señor Presidente, insistirle y subrayarle, una vez más ante esta Alta Cámara, para que todos y cada uno de sus legisladores piense que detrás de cada acto proteccionista de una potencia industrial hay una amenaza de las libertades en nuestros pueblos, y que detrás de esos actos, acaso solamente económicos en su apariencia, hay también implicancias políticas, porque en nuestros pueblos, hoy renacidos a la democracia, tenemos que administrar el mar de las expectativas legítimas y de las aspiraciones de progreso, y nuestros pueblos, a veces, en su sana y

sagrada ingenuidad, identifican la democracia con la prosperidad y hoy nos reclaman una prosperidad inmediata, luego de tantos años de privación, y quieren que el clima de las libertades se traduzca, además, en más bienes. Y tienen derecho a hacerlo, y no supone eso que nos dejemos arrastrar simplemente por un facilismo demagógico, sino decir que no aspiramos a más de aquello que nos ganemos con nuestro trabajo, pero que tampoco podemos resignadamente aceptar que ni siquiera nos llegue el producto mismo de ese mismo trabajo. (*Muy bien, muy bien! Fuertes aplausos.*)

Vea usted, señor Presidente, en todos nuestros cálculos, este año debía mostrar a Latinoamérica con 95.000 millones de dólares de exportación, y acaso apenas lleguemos a los 85.000. Hay 10.000 millones de dólares de exportaciones que estábamos esperando para estos años y que se han evaporado en esta lucha, en esta guerra permanente y constante del proteccionismo, y eso son 10.000 millones de dólares que pesan tanto en la balanza como en la vida de nuestras gentes.

Entonces, cuando hablamos nosotros de un enfoque político del fenómeno de la deuda externa, no estamos simplemente haciendo una ideologización o un simplismo esquemático o una bandera demagógica del asunto, sino que lo que estamos diciendo es que ha de enfocarse políticamente en una doble dirección: primero, porque no es un tema técnico-financiero simplemente, sino que están comprometidos todos estos valores en juego. ¿De qué vale que hablemos hoy sólo de los mecanismos técnicos para administrar financieramente una deuda cuando por otro lado tenemos un sistema comercial que nos está condenando a la imposibilidad de pagarla?

A la inversa, aun cuando no tuviéramos hoy esa deuda, la tendríamos a poco de andar, de persistir las condiciones del mundo, porque nuestros pueblos, para poder seguir desarrollándose, precisan obtener precios compensatorios en sus exportaciones, y mantener el ritmo supone más inversión, y una mayor inversión, porque no se ha inventado otro sistema para producir más, o se extrae del ahorro, que nuestros pueblos no pueden ya ofrecer porque no hay capacidad de ahorro interno, o se obtiene de los créditos. Y en esas circunstancias, entonces, ¿cómo hacemos para crecer en nuestros países?

Un tema y otro están íntimamente vinculados. Nosotros decimos entonces: miremos esto con un concepto político, no para reducir el tema, sino para verlo en toda su dimensión y decir que esto no es sólo una discusión entre banca central y banca privada, sino que este es el fenómeno mismo del desarrollo, el fenómeno mismo de la justicia en el mundo, que es el fenómeno mismo de la posibilidad de supervivencia de nuestra democracia, porque todo eso está implicado.

Y decimos también visión política en un doble sentido. Sin que nadie renuncie a la negociación en la discusión, que le es propia e intransferible, porque ningún Estado como Estado ha de dejar de cumplir sus obligaciones, ni ha de dejar de manejar racionalmente estas situaciones, ello ni nos inhibe ni nos impide que también colectivamente discutamos el tema.

En algún momento se planteó como una especie de osadía o de desafío el que quisiéramos hacer planteos colectivos de la deuda, y nosotros hemos dicho que no era eso, sino que simplemente queríamos discutir dentro del sistema, pero que el sistema tenía que implicar también solidaridad, porque no se trataba de que en el aislamiento cada uno, en definitiva, expresara una voz aislada y sin fuerza, sino que, por el contrario, en el conjunto pudiéramos también racionalizar y promediar aquello que era racionalizable y promediable y que nos envolvía a todos.

Es este un problema todos los días discutido y aún no resuelto. Diríamos que vamos en camino, en algún sentido, de una mayor comprensión, pero que es preciso una mayor audacia en la búsqueda de soluciones y que el enorme esfuerzo que han hecho todos nuestros países en estos años debe traducirse hoy en estas fórmulas; enorme esfuerzo que todos hemos hecho, y no cito acá el caso del Uruguay, que lo está haciendo desde hace poco tiempo, sino el caso de todos nuestros hermanos del hemisferio, porque todos están haciendo un enorme esfuerzo que muestra, además, el sentido de responsabilidad, la profundidad de visión y, diría yo, la grandeza de una nueva generación de estadistas de América Latina que, sin duda, están presentando hoy un panorama como acaso nunca tuvimos en el continente y gente que, además felizmente, puede entenderse, porque nosotros, acaso por ser el más pequeño país, territorialmente hablando, de Sudamérica, podemos hablar con la comodidad que esto nos da de que no se vea jamás detrás de nuestros pasos o de nuestros dichos ni pretensiones hegemónicas, que no tenemos, ni ambiciones de liderazgo que ontológicamente nos están negadas. Pero digamos que sí somos una fuerza moderadora y por eso hablamos de ello y por eso estamos tratando de impulsar una América mucho más unida y hasta una relación de los propios jefes de Estado, que adquiere hoy una fluidez que quiero también señalar ante este Parlamento, porque es un testimonio de un nuevo modo de hacer política que está naciendo, que se va gestando, que se va consolidando y que no nos muestra broquelados detrás de ríspidas fronteras nacionalistas, sino convocados a una empresa común.

Todo esto, señor Presidente, es el panorama de una América Latina que, por un lado, hace renacer sus instituciones, por otro, lucha por un sistema económico más justo, y, por otro, se siente convocada a una empresa social: y a una empresa cultural.

El hombre de nuestro tiempo, acosado por tantos desafíos, golpeado por tantas cosas, golpeado tanto por las arbitrariedades de los sistemas políticos como por las propias arbitrariedades que la vida moderna al par que nos ofrece también nos impone, siente, sin embargo, que estamos en un tiempo de esperanza y que más allá de los problemas del día a día, sentimos que hay un mundo que estamos haciendo y que hay también algo que tenemos que hacer juntos todos los pueblos de habla española no sólo porque el habla sea un modo de comunicarse, sino porque el habla y nuestro lenguaje son también un modo de ser, porque cuando algo adquiere nombre, adquiere

sustancia y las cosas no existen cuando no tienen nombre y el lenguaje es algo más que un modo de comunicarse; es también un modo de ser. Así ha sido en este mundo hispánico, así lo es hoy y así debemos hacerlo en la perspectiva de estos quinientos años que estamos comenzando ya a celebrar.

Como usted bien lo ha recordado, señor Presidente, la misma mañana en que dejé Montevideo tuve el honor, el gusto y el placer de inaugurar esa estatua de Isabel la Católica, en la Plaza de España, y de hacerlo no sólo como Presidente del Uruguay, sino inscrito dentro de una comunidad española que es parte muy grande e importante de nuestro país y que sigue aportando su esfuerzo y su trabajo a la construcción nacional, con la devoción ejemplar que siempre le hemos reconocido. Estamos en eso, pero no estamos haciendo el cumplimiento de un ritual histórico, porque eso sería, simplemente, empequeñecer un recordatorio que tiene que estar, por lo menos en el intento, a la altura de la empresa que evocamos.

Si aquellos hombres, con tan pocos medios, pudieron hacer quinientos años construir un mundo, ¿cómo es que nosotros, con tantos medios a nuestro alcance, no podemos hacer algo más de lo que estamos haciendo por ser lo que debemos ser, por hacer aquello a lo que estamos llamados para volver a ser esa gran comunidad que un día fuimos, unidos por una personalidad cultural que nos identifica? Diríamos que ese es el mandato de los quinientos años, no el de la mera y retórica evocación histórica, sino el de decir que estamos para hacer, que estamos haciendo, que nuestra América y nuestra España las seguimos construyendo hoy y que ese es el desafío que nos convoca.

No es sólo historia, no es sólo polémica histórica como ahora, a propósito de los quinientos años, suele aparecer en una visión primitiva de la historia que olvida que la historia no es más juez, sino que la historia es apenas explicadora, apenas metodológica científica que relaciona los hechos para entenderlos mejor, y que la historia, en consecuencia, no se ha de juzgar, sino que ha de asumirse como la propia vida o como la propia familia, porque nadie puede estar juzgando aquello para lo cual no fue llamado a juzgar.

A la historia se la tiene o no se la tiene y nosotros, que somos parte de esa misma historia, y que la compartimos y que la seguimos compartiendo, tenemos hoy que

mirar hacia adelante, sintiendo que el tema no es sólo evocar, sino hacer; que el tema no es sólo mirar para atrás, sino mirar hacia adelante. No estar hoy revolviendo en todas las historias de lo que fue la conquista o la civilización para recoger aquello que pueda dividirnos, sino al revés, exaltar aquello que nos une. ¿Por qué acordarnos de las malas cosas, que tantas tuvimos y tantas tenemos? Acordémonos de las buenas y digamos que el espíritu de Bartolomé de las Casas ha estado en la lucha por los derechos humanos que hemos tenido a lo largo de todos estos años y que seguiremos teniendo, y que ese espíritu... *(Fuertes aplausos.)*

Digamos también, señor Presidente, que el espíritu generoso que llevó un día las universidades a América, universidades que son acaso la mayor razón de que haya sido tan corto lo que fue el imperio español en América, porque nos llevó allí la cultura y con la cultura nos llevó así inscrita la independencia en nosotros mismos, aquellas viejas universidades que fueron también, al lado de la espada y del crucifijo con que se hizo la conquista, la fuente misma de la liberación, porque el hombre no se libera sino a través de su pensar y de su buen pensar. Porque existe aquella ética del buen pensar de que hablaba Ortega, aquella ética del buen pensar que también citaba Ramón y Cajal cuando decía que hay una moral de la conducta y de la voluntad y que hay también una moral del razonamiento. Y ésa fue la que nos llegó a través de aquellas universidades de las cuales salimos y de las cuales salieron nuestros libertadores, de las cuales salieron nuestros primeros pensadores, aquellas viejas universidades españolas nuestras, la de Charcas y la de Popayán allá en el norte, y tantas otras.

Recordemos esas cosas y yo diría que, con una profunda humildad, entonces, asumamos ese pasado y digamos que nos convoca; que nos convoca a una empresa común, que nos convoca a una lucha incesante. Y digamos que, por encima de todo, lo que nos impone es tratar de estar cada día más cerca, tratar de ser cada día más justos para poder entonces decir que sí somos cada día un poco más libres.

Muchas gracias. *(Los señores Diputados y Senadores, puestos en pie, prorrumpen en fuertes aplausos.)*

El señor PRESIDENTE: Se levanta la sesión.

Eran las once y cincuenta minutos de la mañana.

Imprime RIVADENEYRA, S. A. - MADRID
Cuesta de San Vicente, 28 y 36
Teléfono 247-23-00.-28008-Madrid
Depósito legal: M. 12.580 - 1961